



JUEGOS DE INGENIO

Soluciones á los juegos del número 8

CHARADA.—Abelosa.
JEROGLIFICO.—¡Hasta verte, Jesús mío!
ZIG-ZAG SILABICO.—José Mesejo
JEROGLIFICO COMPRIMIDO.—Entre Seles y Senes hay cien leguas.

ADIVINANZA.—En que se bate.

ACERTIDO GRAMATICAL.

*Soy un niño revoltoso;
tengo ganas de jugar;
quiere siempre estar en danza;
salto de aquí para allá;
á mi hermana llamo fea
si chillo y da en regañar,
y pongo el grito en el cielo,
y grito y pateo y tal
cuando lloro y no me atienden.
pues no consigo mi afán,
que es revolver, dar jaqueca,
gritar siempre y enredar.*

deben el ver satisfecha
su ansia de gloria, que es mucha
Tres-dos-una los cobardes
á su miedo y sus talones!
Los honrados infanzones
que no hacen vanos alardes,
uno-dos con gran tesón
de su estandarte el carmin,
y van, al son del clarín,
á jugarle el corazón—
dijo, y su barba *cuatro-dos*
de placer se estremeció,
mientras un quinto grito:
¡Que *una tres-dos* á San Bruno!

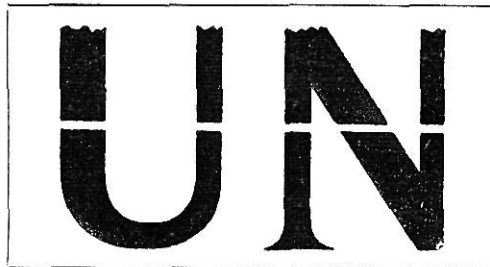
Sonó un disparo. El pavor
les hizo huir de mal modo,
y desde entonces, ¡horror!
un-cuatro busca una *todo*
que dé un jabón á su honor.

PEPITO ALVAR

Charada

Sonó un clarín á lo lejos.
Por la *un-tres-cuatro* del foso,
con paso tardo y medroso,
bajan los de Castillejos.
Un-cuatro el comandante
infunde ánimo á su gente.
—El que me sea imprudente,
el que dé un paso adelante
sin atender á mi voz,
no ve la próxima luz.
¡Lo juro por esta cruz!—
—dijo, y soltó un terno atroz.
—Los que *tres-dos* ir conmigo
dos sin duda á la victoria.
¡*Todo, todo* de la gloria
es la que tan sólo sigo!
Los valientes, á la lucha,
que no abre en su esfuerzo brecha,

Jeroglífico comprimido



Adivinanza

¿Cuál es el palo más mojado?

Advertencias

JUVENTUD ILUSTRADA, que consta de veinte páginas, y regala además en cada número cuatro de folletín encuadernable, se publica los sábados, y se vende en todas las librerías, kioscos y puestos de periódicos de España, siendo su precio

20 céntimos número suelto, corriente ó atrasado

y por subscripción, en toda España, *Pesetas 2'50 trimestre (13 números) servido á domicilio.*

Portugal y Gibraltar, 3 pesetas trimestre. En los demás países, 4 francos, pudiendo hacerse el pago en letra ó cheque á la orden de don Antonio Virgili, S. en C., en valores declarados ó sobre-monedero.—En América fijan el precio los señores Corresponsales.

JUVENTUD ILUSTRADA admite colaboración, pero abona sólo los trabajos artísticos ó literarios que expresamente solicita.

=Todos los ejemplares de JUVENTUD ILUSTRADA van numerados, y al poseedor del que contenga igual número al del premio mayor del último sorteo de la Lotería Nacional del mes corriente se le REGALARÁN

CIENTO VEINTICINCO PESETAS

á la presentación del número agraciado en nuestras oficinas: Rosellón, 208, Barcelona.

Como la numeración de nuestro periódico, una vez llegada al número de billetes de la Lotería Nacional, vuelve á repetirse cuantas veces sea necesario, bien puede asegurarse que, en vista de la favorable acogida que el público nos dispensa, durante el transcurso del mes se repetirá la numeración lo menos cuatro veces, por lo cual son

QUINIENTAS PESETAS

cuando menos lo que cada mes regalamos á nuestros lectores.

=JUVENTUD ILUSTRADA adjudica semanalmente á sus lectores, en sus concursos de ingenio,

50 magníficos y positivos premios.

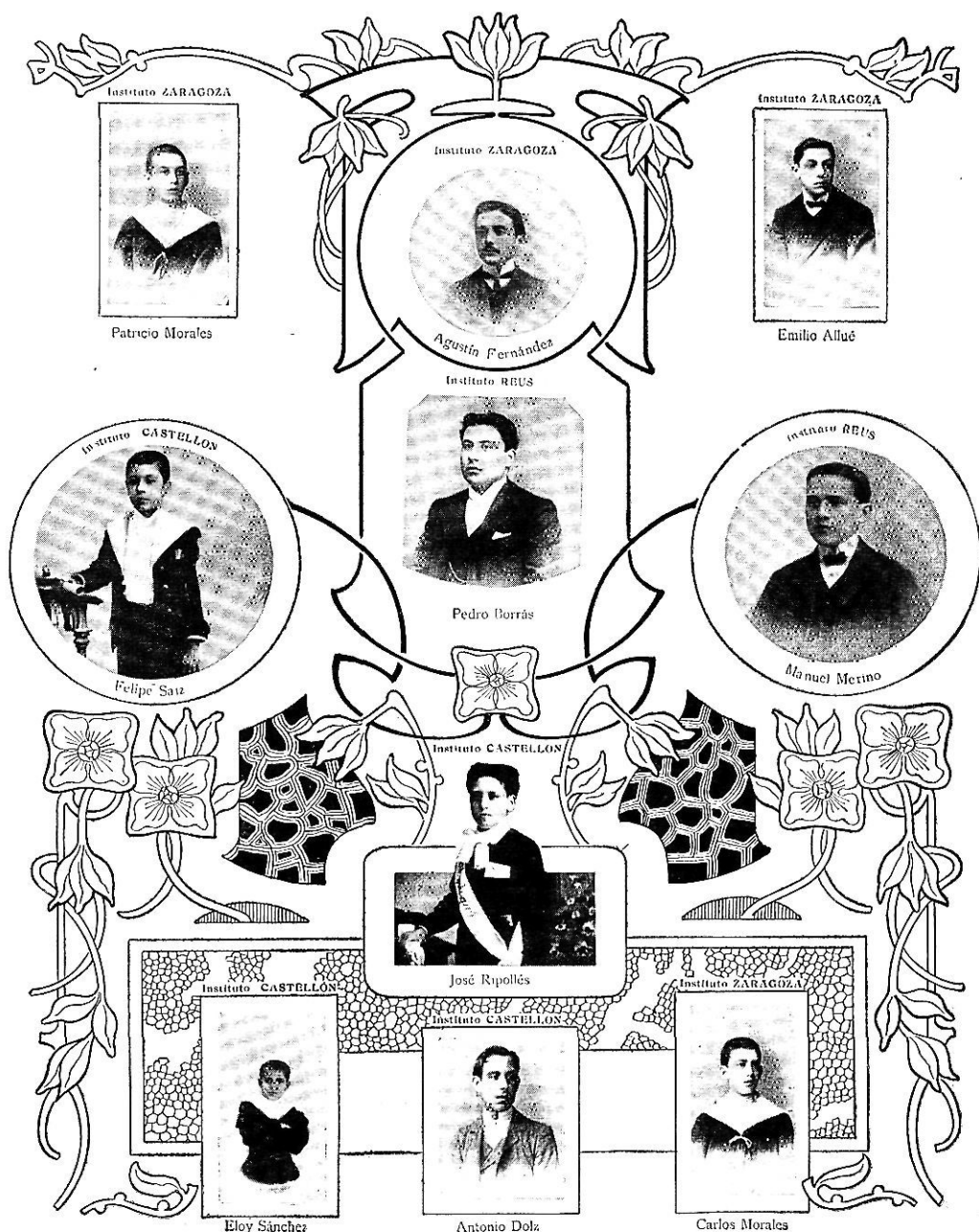
JUVENTUD

AÑO II —————> NÚMERO 9

BARCELONA 27 DE ENERO 1906

REVISTA SEMANAL
REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN
É IMPRENTA: ROSELLÓN. 208

ILUSTRADA



Nuestros estudiantes

Primeros premios y matrículas de honor

El monophono

EN la anterior conferencia te expliqué el principio fundamental del teléfono, para que, al hablar de él, comprendas las razones de que la voz se transmita á largas distancias.

—Y tan es así, papá, que desde que te dignas darme esas instructivas conferencias, me explico muchísimas cosas de que estaba antes completamente ayuno. ¡Claro! En los libros de física se hallan á veces nombres tan enrevesados, que parecen escritos para que sólo los sabios los lean, y tú me explicas lo que yo recito sin comprender, porque me aprendo las lecciones de memoria...

—Que es el peor de los sistemas para darse cuenta de lo que se estudia. Por eso á mí no me molestan las objeciones que me haces á veces. Es más: no quiero que dejes de preguntarme lo que no comprendas ó entiendas perfectamente.

—Pues bien, papá: tío Enrique hablaba en el pupitre chiquitín, y tenía en la mano una especie de trompetilla sujeta por un cordón verde, y después he visto en el despacho del cónsul, tu amigo,

que en lugar de hablar en el pupitre, hablaba en una especie de bocina, que por medio de un aparato de hierro tenía sujeta una trompetilla plana que se aplicaba al oído. ¿Es que no es eso un teléfono?

—Sí, hijo mío. Lo mismo el aparato que tiene tu tío en su despacho que ese otro del cónsul, se llaman teléfonos, y sirven para hablar á distancia; pero el aparato *Ader y Siemens*, que son los de repisa ó pupitre, van cayendo en desuso por incómodos, pues es necesario estar de pie para hablar en ellos; con los otros, con los que viste después en esa casa, se dió un gran paso en favor de la comodidad; pero como el armazón en que estaba sujeto el auditivo y el pequeño micrófono en el otro extremo estaba en ángulo recto, no evitaba que, como en el primitivo, se depositaran en su cavidad una cantidad inmensa de gérmenes patógenos sumamente peligrosos, según expe-

rimentos hechos por célebres bacteriólogos.

—¿Qué quiere decir gérmenes patógenos?

—*Patogenesis* es una parte de la patología que trata del origen, de las causas y de los principios de las enfermedades, y por la aproximación del aliento y otros agentes, se forman en la bocina verdaderas legiones de bacterias.

—De microbios, ¿no es eso?

—Precisamente; pero ha venido á obviar todos esos peligros el nuevo aparato llamado *monophono*, del cual nos demuestra la estructura el grabado 1.º y cuyo interior puedes ver en el 2.º, el cual voy á explicarte.

—Este es distinto del que yo vi.

—¡Ya lo creo! En éste se han juntado en un pequeño volumen el micrófono y el receptor, y una bocina metálica recibe las vibraciones sonoras y las transmite al micrófono. En este aparato, cuando el auditivo se aplica al oído, la abertura de la bocina viene á colocarse, naturalmente, junto á la boca, y se habla y se oye sin el menor esfuerzo, pues la sensibilidad del micrófono es extraordinaria.

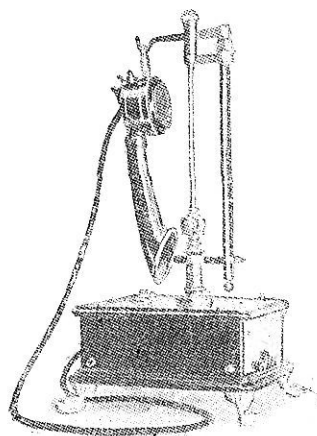
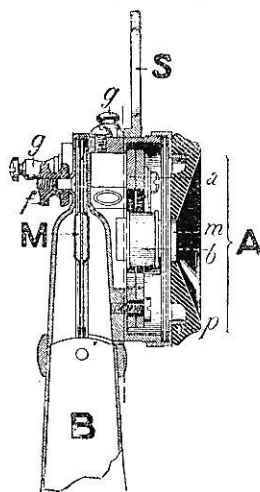
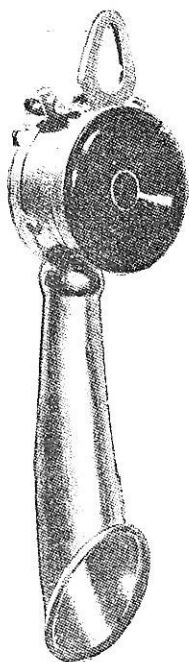
Como puedes ver por el dibujo, la bocina *B* termina por una membrana sobre la cual se fija la parte inferior del micrófono, muy pequeño, pero también muy sensible. Los alambres van sujetos por los tornillos *g g*. El receptor se compone de un pequeño imán rodeado de sus bobinas y de una placa de fina hoja de lata muy ancha, protegida por un pabellón de ebonita. Oye ahora: *S*, es el anillo de suspensión, pues suponemos haber cortado por la mitad el aparato.—*B*, la bocina del micrófono junto á la cual se habla.—*M*, microfono.—*f*, fijación del cordón.—*g g*, tornillos de amarre.—*A*, auditivo; *a*, imán; *b*, bobinas; *m*, membrana de hoja de lata y *p*, pabellón de ebonita.

Ya ves, pues, que el principio es el mismo, sólo que en este novísimo aparato se ha reducido notablemente el espacio, juntando en muy pequeño volumen el micrófono y el receptor.

—Pero, ¿se oirá menos con éste tan pequeño?

—Al contrario, y precisamente por su exquisita sensibilidad representa un notable adelanto sobre los otros aparatos que, á pesar de contar pocos años de invención, podemos ya considerar como antiguos, porque la voz se percibe en éstos clara y distintamente á inmensas distancias. Y omito describirte el aparato que vemos en el grabado 3.º, pues la caja que le sirve de zócalo contiene sólo un botón de llamada y los diversos contactos necesarios para la transmisión.

A. PALLAVICINI



¡Funesto error!



¿QUIÉN era don Cástulo?

Don Cástulo era el director del colegio de segunda enseñanza donde recibían la benéfica lluvia intelectual varios niños de distintas edades y condiciones.

Don Cástulo era irascible, duro, cruel y feo. Tenía, además, un lobanillo junto a la na-

riz, tamaño como un huevo de paloma y unas cejas cerdosas y rebeldes que parecían cepillos de uñas.

Sus discípulos vivían en perpetuo sobresalto, porque el maestro castigaba con dureza toda falta, por insignificante que fuese, y en el colegio no se oía una voz más alta que otra.

Entre los que allí recibían la precitada lluvia intelectual, había uno llamado Pepito Cerrajas, tímido como una gacela y candoroso como una pastora idílica, á quien don Cástulo distinguía con sus rigores. Todo cuanto desagradable pasaba en el colegio, don Cástulo se lo atribuía á Pepito.

—¡Señor Cerrajas!—gritaba á lo mejor.—¡Señor Cerrajas! Voy á expulsarle á usted del colegio. De seguro que es usted quien ha vertido la tinta.

—Yo no he sido,—balbucía el infeliz.

—Si lo niega usted, le voy á arrancar todos los pelos del cogote.

—Pero...

Don Cástulo cogía las correas y descargaba sobre las costillas de Pepito cuatro ó seis zurriagazos, diciendo:

—Para que se acostumbre usted á decir la verdad; hipócrita, embustero, mosquita muerta.

Los papás de Pepito,—perdonándome su ausencia,—eran unos insensatos, pues aunque el chico se quejase de la injusticia con que le trataba el profesor, ellos se encogían de hombros diciendo:

—Cuando él te castiga, sus razones tendrá.

Tan cohibido y triste vivía el pobre Pepito, que en cuanto le dejaban solo suspiraba como si le quitasen un peso de encima, y estaba deseando perder de vista al profesor para dar saltos de júbilo.

—A ver lo que hacen ustedes durante mi ausencia,—decía don Cástulo.—Voy á salir de clase un momento. ¡Muchísimo ojo!

Y se iba á las habitaciones interiores de la casa, no sin dirigir antes miradas de pantera á sus discípulos.

Lo mismo era desaparecer el profesor, que volverse locos de alegría los muchachos, y sobre todos ellos Pepito, á quien causaba verdadero terror la presencia de aquel monstruo implacable.

—¡Gracias á Dios que nos deja solos!—decía sonriendo.—¡Ojalá no vuelva!

—¡Tengo unas ganas de que se le reviente el lobanillo!—añadía otro alumno.

—¿Para qué?

—Para ver si se muere de resultas.

—¡Qué se ha de morir!

Cierto día, don Cástulo, que había comido melón, sintióse muy molesto y contra su costumbre salió de clase varias veces en pocos minutos, previniendo antes á sus discípulos que si armaban bulla, les sacaría tiras de pellejo.

—Ya lo saben ustedes; en cuanto oiga el menor ruido, vengo y les ahogo uno á uno,—gritó echando fuego por los ojos.

—¿Está usted malo, señor maestro?—atrevióse á preguntar uno.

—¡Estoy como me da la gana!—contestó saliendo escapado.

Al verse solos, los chicos se pusieron á hacer diabluras y uno de ellos, llamado Fernández, que era travieso como un condenado, dijo á sus compañeros:

—¿Sabéis lo que vamos á hacer?

—¿Qué?—preguntaron todos.

—A darle un susto á Manolito García, que ha salido á una necesidad. Cuando entre, nosotros, escondidos detrás de la puerta, nos lanzamos de pronto sobre él.

—Y creerá que es don Cástulo.

—Eso, eso.

—Yo,—dijo Pepito Cerrajas,—le daré con el plumero en la cabeza para asustarle.

Y al decir esto cogió el plumero que estaba colgado en un rincón de la clase y se dispuso á hacer uso de él cuando llegara la ocasión.

Los chicos se relamieron de gusto ante la idea de sorprender á Manolito, y cada cual ocupó su puesto esperando la vuelta del ausente.

Pasaron cinco minutos sin que éste apareciera.

Pepito, con el plumero en alto, aguardaba impaciente; en sus ojos brillaba la alegría. ¡Eran tan escasas las ocasiones que le deparaba la suerte para divertirse!



De pronto oyéronse pasos en la parte de afuera.

—Es Manolito,—murmuró uno.

—Sí... Preparaos todos.

—Ya está aquí.

—¡Atención!

Los pasos se oían cada vez más cerca.

—¡A una... á dos... á tres!—gritó Fernández haciendo señas á Pepito.

Este entonces dió un paso atrás, abrió el plumero y dijo con voz bronca imitando la del profesor:

—¡Toma, condenado, toma, para que te acuerdes!

Pero súbitamente dejó caer el plumero y quedóse lívido...

¡El que entraba era don Cástulo!

LUIS TABOADA

Proverbios, locuciones y frases. — Las Parcas

EN la cocinilla de don Buenaventura le toca aquella noche leer unos versos al hijo del médico don Angel.

Por eso la concurrencia es extraordinaria, y están sentados al rededor de la lumbre doña Martina, Felicia, Justa, el boticario Narbona, doña Pilar, y hasta una docena de chiquitines, ansiosos de oír á Angelito, que se había traído de Zaragoza, en el cursillo de Navidad, un sobresaliente como una casa en retórica y poética.

Esteban y Pepe, los hijos mayores del señor maestro, forman el tribunal, en unión de su bondadoso padre, y doña Dorotea dió de lado desde media tarde á la interminable media, que en sus manos es otra tela de Penélope, porque la agotada vista de la buena señora no alcanza á coger los puntos que se le escapan á cada dos por tres.

Y la noche convida para estar recogiditos al amor de la lumbre, porque el cierzo silba de una manera espantosa, azotando á la nieve que se amontona en las calles para convertirla en grandes pellas de resbaladera escarcha.

La alegre llama de las chisposas ailagas en la lumbre, y la dulce ratafía con que obsequia á grandes y chicos doña Dorotea, prestan una animación inusitada á los semblantes de todos cuantos se han congregado aquella noche para celebrar el triunfo del hijo de don Angel.

Angelito, que es un precioso mocete de trece años y un excelente lector, hace ya un rato que lee unos endecasílabos compuestos por él y que se trajo del colegio de Zaragoza, pero al oír Justita que el chico declama en tono enfático:

¡Es ley fatal! ¡Las Parcas no perdonan ni al más altivo rey, ni al pordiosero!...

exclama, sin poderse contener:

—¿Quiénes son las Parcas, don Buenaventura? Porque yo no conozco á esas señoras.

—Ni yo,—agregó el hijo del boticario.

—Pues yo os lo diré si ofrecéis no interrumpirme,—dijo el maestro.

Y como todos guardaron silencio, prosiguió:

—Los mitólogos dan este nombre á tres divinidades infernales cuyo destino es tejer la trama de los días de nuestra miserable existencia. Las Parcas así llamadas por antonomasia ó antifrasis de una palabra que significa *per-*

donar, eran tres hijas de la diosa *Necesidad*. *Cloto*, que es de las tres hermanas la más joven, asiste á nuestro nacimiento y lleva la rueca con un copo de lino, que es la vida. *Laquesis*, lo hila y perfecciona, y *Atropos*, que es la mayor, tiene unas tijeras y corta cuando le parece el hilo de nuestra existencia. ¿Qué os parece?

—Que bien pudiera la señora Atropos dedicarse á otra cosa en vez de fastidiar al prójimo,—dijo Felisa.

—La Mitología representa á las Parcas bajo la figura de tres mujeres consumidas por la vejez, lo cual quiere significar la eternidad de los divinos decretos; el huso y la rueca, demuestran que á ellas les corresponde arreglar su curso, y el hilo enseña lo

poco que debe fiarse en una vida tan insegura.

Ya veis, pues, como tienen razón los poetas en llamarlas fieras é infames, sobre todo á Atropos, que es la que nos quita de en medio cuando le da la gana, si hemos de creer lo que dice la Mitología. Por eso ordinariamente los autores se refieren sólo á ésta, aunque incluyéndolas á las tres, cuando dicen que la Parca es inexorable. ¿Estáis enterados?

—¡Sí, señor, sí! ¡Y muchas gracias!—dijo Justita.

—Pues que siga Angelito con su lectura, y haced el favor de no volver á interrumpir.

Y el hermoso niño prosiguió leyendo sus versos, siendo á la terminación aplaudido por todos con verdadero entusiasmo.

El tribunal había sido justo al concederle el premio, pues los versos lo merecían.

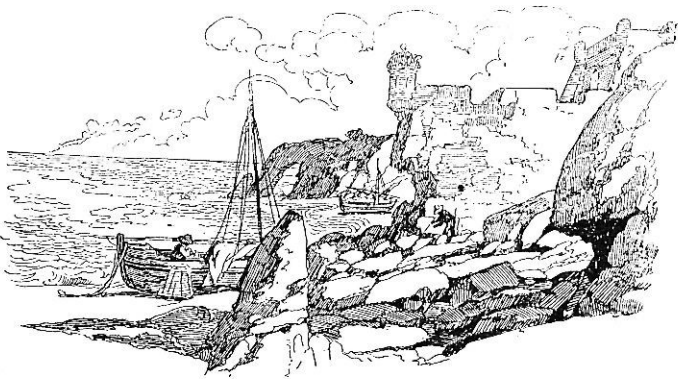
A. P. G



El flujo y reflujo del mar

A PENAS llegamos á Gijón, los tres hijos de don Luis Narcena se dirigieron á la playa sin descansar siquiera, y allá me llevaron con ellos.

El sol lucía espléndido en el horizonte, riendo sobre las tranquilas aguas del mar y sembrando la inmensa playa de puntos luminosos,



arrancando vívidos destellos de las conchas, de los mundos guijarros y de las argentadas arenas.

Por la húmeda playa corrían los tres chicos recogiendo pechinas y diminutas cáscaras de mejillones, y Andresito, que era el que mayor provisión había hecho de piedras y conchas, desoyó bien pronto mis consejos y se internó hasta el rompiente de las olas, saltando las musgosas rocas, y sufriendo algunos resbalones que no tuvieron consecuencias afortunadamente.

Los tres niños iban depositando las conchas y piedras que cogían en el sombrerito de Pepe que dejaron en el suelo, algo adentro de la playa, y equidistante de las tres direcciones en que iban haciendo su provisión.

En esto, no sé á cuál de ellos se le ocurrió abrir un pozo en la arena, y era de ver con qué afán hurgaban los tres para hacerlo muy hondo. Tan entusiasmados estaban en su faena, que no notaron que empezaba el reflujo hasta que el agua vino á bañar sus piernecitas y obligó al sombrero á mudar de sitio llevándose el mar adentro.

Dando chillidos vinieron los tres hacia la roca en que estaba yo esperándolos, diciendo á gritos:

—¡Don Sixto!... ¡El mar se ha llevado el sombrero de Pepe!... ¡El mar se sale!... ¡Mire usted cómo nos ha puesto!... ¡Hechos una sopa!

Y así hablaban los tres atropelladamente.

—¡Vamos, tranquilizaos! Después de todo, lo único sensible es la pérdida del sombrero, que no es mucha pérdida.

—Pero ¿qué pasa con el mar?... Mire usted cómo adelanta el agua hacia nosotros. ¡Vámonos!... ¡Nos vamos á ahogar!...

—No temáis; ese es un fenómeno que se verifica dos veces al día, con seis horas y doce minutos de intervalo uno de otro.

—¿Llegará hasta aquí?—dijo el pequeñín.

—¡Sí, hijo, sí!... Pero vamos á sentarnos en aquel muro y os diré por qué sucede ese fenómeno que se conoce por *flujo y reflujo del mar*.

—¡Qué mar tan raro!... Pues en Mataró no sucede eso.

—No, no sucede. En aquella costa no se conocen las mareas.

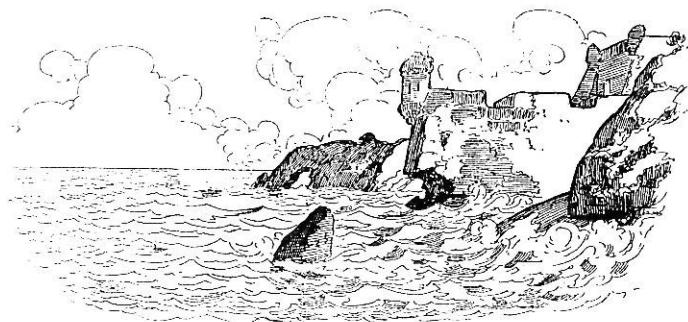
—¿Y por qué sucede esto en el mar?—dijo Edelmiro después de habernos instalado lo más cómodamente posible sobre las piedras de la muralla.

—Pues sucede porque la Tierra, lo mismo que los otros planetas principales, da vueltas al alrededor del Sol, y la Luna las da al alrededor de la Tierra, porque el Sol atrae á los planetas y la Tierra atrae á la Luna. Cuando un cuerpo cae, es porque es atraído por la Tierra, y esta atracción es recíproca, pues si la Tierra atrae á la Luna, ésta atrae á la Tierra. Para daros la razón de esto no tenéis más que echar en un vaso lleno de agua, y cuando esté inmóvil, algunas pajitas en la superficie. Estas caen separadas, pero van acercándose

atraídas unas por otras, y cuando están á poca distancia, se precipitan y se reúnen.

Así es como el Sol y la Luna atraen á la Tierra y son atraídos por ella, y esa acción se manifiesta sensiblemente en las aguas del mar. Cuando estos astros pasan por encima de su superficie, las aguas se elevan, y después vuelven á bajar. Por eso á lo primero se llama *marea ascendente y descendente* al efecto segundo.

El Sol, por su atracción sobre el mar, hace que las aguas suban y bajen dos veces al día, y otro tanto hace la Luna, pero con mayor intensidad; por eso los flujos y reflujo son *solares y lunares*, cambiándose las dos mareas sin perjudicarse. Cuando los dos astros se atraen al mismo tiempo, lo que sucede en los plenilunios y novilunios, entonces la marea es fuerte; por el contrario, es débil cuando la Luna está en sus cuartos creciente y menguante.



Y vámonos á casa sin llorar por tu perdido sombrero, Pepito. Afortunadamente no servía ya para mucho.

Otro día volveremos y os hablaré más extensamente del movimiento de los planetas y del objeto y efectos de su mutua atracción.

A. D'OLLARPA

Los embustes de Manolín

DON Zenón es tonto de la cabeza, que es lo peor que se puede ser en este mundo, sobre todo cuando se tienen hijos.

Y en este ramo, la madre naturaleza ha sido



pródiga con el buen señor, pues tiene más vástagos que un cardo borriquero.

Pero con la ventaja de que sus hijos no tienen nada que echarse en cara, porque ninguno de ellos sirve para maldita de Dios la cosa.

Sobre todo uno de ellos, Manolín, ni aun por equivocación dijo en su vida una verdad, y arma cada lío con sus embustes, que anda á la greña todo el vecindario por culpa del maldito arrapiezo. Y, con todo, Manolín es la debilidad y el cariño de sus padres, que creen á pies juntillas cuanto dice el muchacho.

Manolín es un haragán completo; dormilón, desaplicado, sucio, con las uñas siempre de ríguroso luto y los pelos de punta como los limpiatubos de quinqué; su blusa de diario parece un mapa de feria, y le tiene el chico más horror al agua que un gato recién nacido.

Como si sintiera el goce del mal ajeno y toda la fuerza de su imaginación se concentrara en inventar cuentos y chismes, no llega á casa que no invente algo raro que dice le acaba de pasar, con objeto de que le admiren ó le compadezcan.

Ya es un tranvía que por poco le atropella, ya un perro rabioso que ha mordido á una de las estatuas de la plaza de Oriente, ó un tabique que al hundirse ha aplastado á media humanidad y que ha estado en un tris el que le pille.

Siempre inventando trolas, se divierte viendo á la gente andar á la greña por su culpa.

La otra mañana llegó el chico hipando como un becerro.

—¿Qué te pasa ángel mío?—le dijo su madre con cariñoso afán.

—¡Que me ha dicho la tía Resusta que era más feo que mi madre, y me ha pegao!

Y aquí Manolín soltó un berrido descomunal.

—¿Eso te ha dicho esa tía sinvergonzona... esa tía emplastos, más fea que Picio?

—¡Y otras muchas cosas que... que no se pueden decir!...

—¿Pero tú qué has hecho, ángel mío? ¿Qué has hecho para que te diga eso?

—¡Nada! Sólo porque la miraba y me reía...

—¡Ahora verás tú lo que le digo yo á esa descocada!

Y la buena mujer, sin andarse en miramientos, baja á la calle y sin más ni más la emprende á cachetes con la Resusta y se tiran de los pelos, y gracias á los vecinos si la madre de Manolín saca sólo de la contienda un ojo como un tomate y su contricante deja sólo entre sus manos algo menos de la mitad de su menguada pelambreira.

Y todo porque á Manolín se le ocurrió colocar un alfiler de punta en el asiento de la silla de la pobre vieja y le colgó un troncho de col en la espalda.

—¡Ya ve usted, por una inocente broma del muchacho insultar á la familia! ¡Llamarle feo al chiquito!

Y no se crea que hay exageración en lo que digo, pues abundan los padres de ese jaez y los hijos como Manolín, cuyos enredos han ocasionado más de un conflicto en las familias, y más de una catástrofe.

Como que á consecuencia de un embuste de Manolín estuvo su padre en cama más de dos meses.

De tal calibre fué la tanda de palos que por



culpa del muchacho le administró un gitano esquilador.

Verán ustedes cómo fué eso.

Salió una mañana Manolín con el perro de aguas que era la desesperación de la familia,

y lleno de envidia al ver que estaban esquilando al perro de un vecino, echa á correr y le dice á su padre que por veinte céntimos le han ofrecido esquilarse al *Mo idongo*, y dijo veinte como pudo decir cinco, porque él no lo sabía.

—¿Nada más que veinte céntimos?

—Nada más; ¡y estará tan mono! ¡Quiere. papá!

—¡Pues que lo esquilen! ¡Que lo pelen!

Ni corto ni perezoso, encarga la faena el muchacho; pero terminada ya, exige el gitano dos reales por la operación.

—¿Cómo dos reales?—dice el padre.—¿Pues no le ha dicho usted veinte céntimos al chico?

—Yo, al muchacho, no le he dicho nada.

—¡Sí que me lo ha dicho, papá! ¡Sí que me lo

ha dicho! ¡Ese hombre miente! ¡Yo te lo afirmo!

Porque el chiquillo era capaz de levantar un falso testimonio con una serenidad pasmosa.

Al oír que mentía, el gitano quiso darle un pescozón á Manolín, pero se interpuso el padre, dió un achuchón al gitano, tiró éste de trancas, y... al pobre don Zenón tuvieron que recogerle entre cuatro vecinos y llevarle al hospital.

Los embustes y bromitas de Manolín habían ocasionado dos desgracias, porque el gitano estuvo no sé cuántos meses en la cárcel.

Y en cuanto al chico, que vive aún, no sé qué destino le deparará la Providencia, pero es muy posible que acabe mal, como suelen acabar todos los niños embusteros y chismosos.

BESTARD DE LA TORRE

Éfemérides histórica - Beatriz Cenci

Pocos hechos presenta la historia tan horribles como el suplicio de esta heroína, ejemplo de amor fraternal; ni tanta maldad é infamia como la de su padre, Francisco Cenci, que vivía en Roma á mediados del siglo XVI.

Este noble romano, después de envenenar á la madre de sus tres hijos Bernardo, Jacobo y Beatriz, casóse con la rica matrona Lucrecia Petrozzi, de la cual se cansó al poco tiempo, y á consecuencia de ello encerró en los hediondos calabozos de uno de sus castillos á sus tres hijos y á su nueva esposa.

Furiosos Jacobo, Bernardo y su madrastra Lucrecia, proyectaron asesinarle, y así se lo comunicaron á Beatriz, que intentó disuadirlos de su criminal intento, horrorizada ante la idea de tal monstruosidad.

En vano suplicó, rogó y derramó lágrimas; sus hermanos y su madrastra habían decidido consumir el crimen.

Seducido el carcelero, en unión de éste llevaron á cabo su siniestro intento.

Pero como nada queda oculto en el mundo ni falta que no se expie tarde ó temprano, el carcelero, al morir, confesó el crimen.

Clemente VIII, que á la sazón ocupaba la silla pontificia, estremecido de horror, mandó prender á los hijos y á la viuda del prócer romano; y aquí comienzan las desgracias de la infortunada niña, cuya memoria se ha perpetuado.

Beatriz protestó de su inocencia, pues no quiso faltar á Dios con un perjurio.

Lucrecia y los dos hijos, no tuvieron valor bastante para sufrir el tormento y confesaron.

En vano insiste el inflexible juez nombrado por el papa, y en vano le suplican sus hermanos á Beatriz para que se confiese culpable de un crimen que no ha cometido.

Varias veces se la sujetó al tormento, y atada por las muñecas á una cuerda colgada de una garrucha clavada en el techo, la elevó el verdugo hasta grande altura, soltando de repente hasta descoyuntarle los huesos; pero entre los terribles dolores y angustias del suplicio no desmintió su firmeza, y sólo exclamaba anegada en llanto: «¡Virgen María, no me abandones en tan duro trance!», hasta que, conmovido el juez, mandó suspender el tormento.

Pero César Lucini,

que estaba prendado de la joven, supo engañar á Clemente VIII, y se hizo nombrar juez en substitución del primero, que se inclinaba á perdonarla.

Este hombre inhumano ideó un nuevo tormento para la pobre niña, el cual consistía en atarla á una tabla sembrada de pinchos de hierro y arrastrarla dando fuertes sacudidas; pero la virtuosa niña lo sufrió todo con cristiana resignación.

Empero, lo que el dolor no consiguió, logrólo el amor fraternal: Jacobo y Bernardo lograron que por amor y compasión hacia ellos afirmase Beatriz cuanto quiso su verdugo; pero á los pocos días fué conducida al cadalso en unión de su madrastra y sus hermanos.

Sólo Beatriz subió al patíbulo serena y sonriente, fijos en el cielo los ojos, exclamando al morir: «¡A tí mi vida, Virgen Purísima!»

Clemente VIII, convencido de la inocencia de la niña mártir, mandó castigar cruelmente á los que en su nombre cometieron tan horrendo crimen, y aun se cree que la profunda pena que le causó el suplicio de Beatriz, acabó el resto de sus días y apresuró su muerte, por cuyo motivo influyó poderosamente en los destinos del mundo el asesinato de Beatriz Cenci, como veremos en la biografía del Papa Clemente VIII.

A. P. GUILLOT





FOTOGRAFÍA DE JULIO DERREY, DE VALENCIA

Primera prueba obtenida expresamente para JUVENTUD ILUSTRADA por un nuevo procedimiento eléctrico

A MERCEDES

¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión.
Una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño
y los sueños, sueños son.

(CALDERÓN DE LA BARCA)

*Mariposa, que aturdida
con tus efímeras galas
abres tus sutiles galas
al frenesí de la vida;
no vuelas enloquecida
tras la dicha baladí,
dejando flores aquí
por las flores de otro huerto,
porque en los mares sin puerto
«es la vida un frenesí».*

*«Es la vida una ilusión»
que nos halaga y fallece;
«sombra» que se desvanece
con pena del corazón;
regocijada «ficción»;
mentida tierra de bruma,
pompa de cristal, en suma,
con bellos cambiantes rojos,*

*que apenas la ven los ojos
se quiebra, como de espuma.*

*«¡El mayor bien es pequeño!»
Juventud, es flor de un día;
gloria, es hueca argentería;
amor, es dulce beleño,
«y toda la vida es sueño»,
sueño de demencia loco,
que desatentado, loco,
á reposar no se atreve;
la vida es un sueño breve,
por eso dura tan poco.*

*«Y los sueños, sueño son»
que al despertarnos se olvida;
sólo no es sueño en la vida
la virtuosa intención;
porque es ley de la razón*

*en la vida, que es anhelo
que nos lanza al marcial duelo
con la enseña que flamea,
que el que en la tierra pelea
reciba el premio en el cielo.*

*Mas hoy, al abrir, Mercedes,
de tu álbum las blancas hojas,
sólo te muestro congojas
y enseño traidoras redes;
y oír mis consejos puedes,
pues yo, que cerré los ojos
de tu madre á los despojos
del mundo su alma al parir,
á ti te los quiero abrir
por que el mundo te dé enojos.*

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA

(De las Escuelas Pías)

prohibido provocar mis señas y contestar á ellas. A pesar de todo, él fijaba frecuentemente sus miradas en mí, yo hacía otro tanto, y aun de este modo nos decíamos muchas cosas.

Por el corredor al cual daba mi ventana, y que estaba situado al mismo nivel que mi aposento, iban y venían durante todo el día muchos presos acompañados de *secondum*; los llevaban á la sala de declaraciones y después volvían. La mayor parte eran de baja esfera, si bien distinguí entre ellos algunos que parecían pertenecer á clase más elevada. A pesar de que no me era posible detener mis miradas largo tiempo sobre ellos á causa de la rapidez con que los conducían, llamaron sin embargo mi atención, y todos me conmovían. Tan triste espectáculo aumentó mi dolor durante los primeros días, mas poco á poco fuíme acostumbrando á él, y aun llegó á disminuir el horror de mi soledad.

También veía pasar muchas mujeres detenidas. Siguiendo aquel corredor y pasando por debajo de una especie de bóveda, se llegaba á otro patio donde estaban los encierros de las mujeres y el hospital. Una sola y delgada tapia me separaba de uno de los encierros de aquéllas. Muchas veces me aturdían las pobres con sus canciones ó con sus reyertas, y por la noche, cuando toda especie de ruido había cesado, las oía conversar. Fácil me hubiera sido entablar conversación con ellas; pero me abstuve no sé por qué motivo: ¿sería timidez, orgullo, prudencia ó temor? Me parece que contribuyeron á la vez todos estos motivos. Cuando la mujer es lo que debe ser ¡cuán sublime se presenta á mis ojos! El verla, escucharla, hablarla, todo llena mi alma de nobles ideas; pero envilecida y despreciable me perturba, me aflige, me desencanta el corazón.

Y no obstante (los *no obstante* son indispensables á todo aquel que pinta al hombre, á este sér tan complejo), entre aquellas voces femeninas habíalas muy suaves, y éstas ¿por qué lo he de ocultar? me agradaban: sobre todo una, más dulce que las demás, se daba á escuchar con menos frecuencia, y nunca en-

cerraba vulgares pensamientos. Cantaba poco, y por lo regular sólo estos dos patéticos versos:

*Chi rende alla meschina
la sua felicità (1)*

Algunas veces entonaba la Letanía, uniéndose entonces á ella todas sus compañeras; pero yo tenía el don de distinguir la voz de Magdalena entre las demás que parecían oponerse á que llegase á mis oídos.

Sí, aquella infortunada se llamaba Magdalena. Cuando sus compañeras recitaban sus desgracias, ella sabía compadecerlas, y triste exclamaba:—¡Animo, querida mía, el Señor no abandona á nadie!

¿Quién podía oponerse á que yo me la imaginase hermosa, más desgraciada que culpable, nacida para la virtud, y capaz de volver á ella, si de ella se hubo apartado? ¿Quién pudiera vituperarme si al escucharla me enternecía, ó si por ella rogaba con un fervor particular?

Si la inocencia es veneranda, ¡cuánto no lo es también el arrepentimiento! El mejor de los hombres, el hombre-Dios, ¿se desdeñaría por ventura en fijar una mirada de compasión sobre las pecadoras, en respetar su confusión, y colocarlas en el número de las almas que más honrase? Y nosotros, ¿á qué manifestar ese encarnizado desprecio hacia la mujer que cayó en la ignominia?

Así razonando, estuve tentado varias veces de alzar la voz y hacer á Magdalena una declaración de amor fraternal. Una vez ya llegué á pronunciar la primera sílaba de su nombre: *Mag!*... pero ¡oh rareza! el corazón me palpitaba lo mismo que á un enamorado de quince años, á pesar de tener treinta y uno, edad en la que no suele palpar con tanta violencia.

No pude acabar el nombre; volví á empezar *Mag!*... *Mag!*... Pero en vano; reíme de mí mismo, y exclamé con rabia: *Matto* (2), y no *Mag!* .

(1) ¿Quién puede á la desdichada su felicidad tornar?

(2) Loco.

Así terminó mi historia con la pobre criatura; durante algunas semanas tuve que agradecerle todavía muchas dulces impresiones. Si estaba melancólico, frecuentemente su voz venía á alegrarme; si pensando muchas veces en la bajeza é ingratitud de los hombres aborrecía á todo el universo entero, de nuevo hería la voz de Magdalena mis oídos, disponiéndome entonces á la piedad y á la indulgencia.

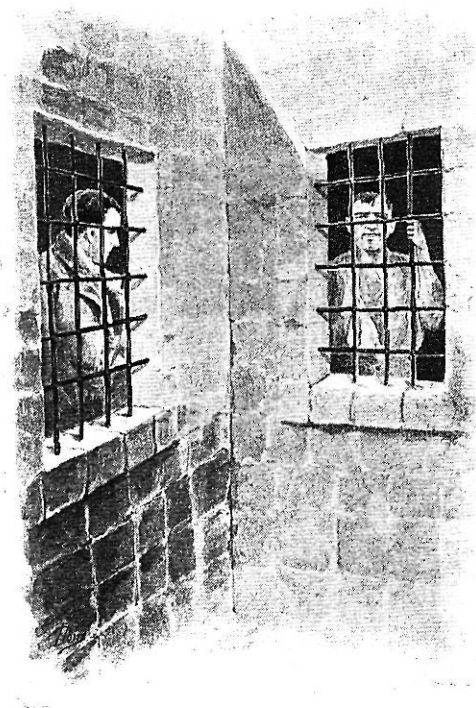
¡Quiera el cielo que tú, oh desconocida pecadora, no seas condenada á un grave castigo, y que sea el que quiera pueda servirte de lección para ennoblecer tu alma, vivir y morir en la gracia del Señor! ¡Quiera Dios que halles en todos los que te conocen el respeto y simpatía que sin tratarte has encontrado en mí! ¡Que puedas inspirar á cuantos te vean la paciencia, el dolor, la sed de virtud, la confianza en Dios, en fin, todo lo que inspirastes al que sin verte te amó! Acaso se equivoque mi imaginación al concederte una figura agradable; pero tu alma... ¡ah! tu alma estoy bien cierto que es preciosa. El lenguaje de tus compañeras era grosero, el tuyo noble y púdico; blasfemaban de Dios, y tú le bendecías; entre ellas disputaban, y tú las ponías en paz: ¡ah! si algún mortal te ha tendido su mano para substraerte de la carrera del deshonor, si tuvieron delicadeza sus beneficios, si enjugó tus lágrimas, ¡que llueva sobre él toda especie de consuelos! ¡que llueva también sobre sus hijos, y sobre los hijos de sus hijos!

Contigua á mi prisión había otra con varios hombres. También los oía hablar: uno de ellos sobrepujaba á los demás en autoridad, no quizás porque fuese de condición más elevada, sino por tener más facundia y audacia que los otros. La echaba de doctor, como se suele decir; se querellaba é imponía silencio á sus antagonistas con el imperioso acento de su voz y la energía de sus pulmones. Les dictaba cuanto debían pensar y sentir, y ellos, después de alguna resistencia, acababan por darle razón en todo.

¡Infelices! ¡ni uno entre ellos había que para aliviar los disgustos de la prisión expresase algún sentimiento tierno, un sentimiento religioso ó de amor!

El jefe de mis vecinos me dirigió un saludo al que contesté. Preguntóme qué tal pasaba *aquella maldita vida*, á lo que le respondí que para mí no había vida maldita por triste que fuese, y que hasta en la muerte era preciso buscar la dicha de pensar y de amar.

—Explicaos, caballero, explicaos.



Me expliqué, pues, mas no me entendió; y cuando después de ingeniosos rodeos tuve valor para articular la viva ternura que despertaba en mi corazón la voz de Magdalena, soltó mi vecino una fuerte risotada.

—¿Qué es eso? ¿qué es eso?—gritaron á un tiempo todos sus compañeros.—Repitió grotescamente el profano mis palabras; las carcajadas se extendieron en coro, y yo hice el papel de un tonto.

En la cárcel sucede lo mismo que en el mundo.

Los que emplean toda su capacidad en indignarse, quejarse y dar rienda suelta á sus deseos, miran como locura á la piedad, al amor, y al intento de consolarse con nobles ilusiones, que honran tanto á la humanidad como á su autor.

Dejéles reir sin contestar siquiera una sola sílaba. Dos ó tres veces volvieron á dirigirme mis vecinos la palabra, mas yo permanecí en silencio.

—Ya no estará á la ventana.—Se habrá marchado.—Sí, ha-

Aventuras de Allan Quatermain

Traducción de Andrés Rivera

(Continuación)

mosa entre los de su especie que he visto en Africa.

Cuando volvimos á la galería encontramos al Pájaro Carpintero limpiando nuestros rifles.

Esto era lo único que hacía, porque, como jefe zulú, creía indigno de él todo otro género de trabajo; pero lo desempeñaba á maravilla.

Era curioso verle sentado en el suelo, apoyada en la pared su hacha de combate, detrás de él, mientras sus manos se empleaban delicadamente y con el mayor esmero en limpiar el mecanismo de los fusiles que se cargan por la culata.

Había puesto un nombre á cada fusil.

Uno, de cuatro cañones, que pertenecía á sir Enrique, era el *Tronador*; el mío, que por su calibre tenía la detonación aguda, era *el pequeño que habla como un látigo*; los Winchester de repetición, *las mujeres que hablan tan aprisa que no dejan decir una sola palabra*; los seis Martinis eran *el populacho*, y así todos los demás. Era divertido oírle dirigirse á cada fusil á medida que los limpiaba como si fueran personas; y lo hacía con mucha gracia por la gravedad que empleaba para ello.

Lo mismo hizo con su hacha de batalla á la que parecía mirar como á un amigo íntimo, y con la cual hablaba horas enteras de sus antiguas aventuras, algunas de ellas terribles y pavorosas.

En un rato de mal humor había llamado á su hacha Inkosi-kaas, que en zulú es la palabra con que se designan los jefes.

Durante mucho tiempo no pude adivinar por qué le había dado semejante nombre. Por fin le pregunté, y entonces me dijo que el hacha era indudablemente del género femenino, por su hábito de mezclarse en todas las cosas, y que era una capitana porque los hombres caían ante ella y quedaban mudos á la vista de su belleza y poder.

También consultaba algunas veces á Inkosi-kaas, y cuando le pregunté por qué lo hacía, me dijo que era «porque debía ser sabia, habiendo penetrado en tantos cerebros después de hendir tantos cráneos».

Levanté el hacha y la examiné atentamente. Era un arma formidable. El mango, hecho de un enorme cuerno de rinoceronte, tenía tres pies y tres pulgadas de largo, con una bola en el extremo del tamaño de una naranja para impedir que la mano resbalase.

Este mango, aunque macizo y pesado, era flexible como una caña de bambú é imposible de romperse; pero para asegurarlo tenía liado á intervalos un fuerte alambre de cobre, sobre todo en las partes por donde la empuñaba. El extremo del mango que se introducía en la bola, estaba marcado con gran número de pequeñas muescas ó hendiduras, y cada muesca representaba un hombre muerto en pelea con aquel arma.

El hacha era de excelente acero y, según todas las apariencias, había sido fabricada en

Europa, aunque Pico Duro no sabía de ella sino que la había tomado de las manos de un jefe que mató en una batalla hacía muchos años. No era muy pesada, según pude juzgar, y la parte cortante tenía la forma ligeramente cóncava, no convexa como son generalmente las hachas de batalla de los salvajes, y tan afilada como una navaja de afeitar, midiendo unas seis pulgadas en su parte más ancha. De la parte posterior de la hoja salía una fuerte punta de acero de cuatro pulgadas de longitud, y hacia las dos últimas tenía un agujero, pareciéndose en conjunto al hacha de un matarife.

Con esta parte, según descubrimos después, era con la que Pico Duro hería en los combates, dejando un agujero redondo en el cráneo de su adversario y usando sólo el ancho filo cortante al moverla circularmente en la refriega. Consideraba la parte punzante de su hacha como un instrumento más propio, pues su costumbre era picar á su enemigo, de donde le vino el nombre de «Pico Duro». En sus manos era ésta un arma terrible.

Tal era el hacha de Pico Duro, Inkosi-kaas, el arma más notable y fatal que he visto para un combate cuerpo á cuerpo, y la que él idolatraba tanto como su propia vida. Apenas la soltaba, y cuando comía, se sentaba con ella entre las piernas.

Acababa de devolver su hacha á Pico Duro, cuando llegó miss Flosie y me invitó á ver su colección de flores, lirios africanos y arbustos florecientes muy hermosos, entre los cuales había algunas variedades desconocidas para mí, y creo que también para los botánicos.

Le pregunté si alguna vez había visto ú oído hablar del lirio de Goya, encontrado por algunos exploradores del Africa Central y cuya maravillosa hermosura los llenó de asombro.

Este lirio, según cuentan los indígenas, sólo florece cada diez años y nace en el suelo más árido, y aun cuando lo vi después en circunstancias tan especiales que lo grabaron fijamente en mi memoria, no sé cómo describir su belleza y la maravillosa suavidad de su perfume. La flor, porque solamente tiene una, se levanta sobre un tallo grueso, carnoso; mide unas catorce pulgadas de diámetro y su forma se parece algo á la de una trompeta, como la flor del *longiflorum* común, cortada verticalmente: un arco de deslumbrante blancura rodea el cáliz de vivísimo color de púrpura aterciopelado y de su centro se levanta el pistilo color de oro.

Jamás he visto flor que iguale á ésta en belleza y fragancia.

Al mirarla por vez primera, me convencí de que aun en las flores reside algo de la majestad de su Creador.

Para mí mayor alegría, miss Flosie me dijo que la conocía muy bien y que había procurado hacerla crecer en su jardín, pero sin éxito; añadiendo, sin embargo, que, como florecía en aquella estación del año, creía poder conseguir un ejemplar para regalármelo.

Dile las gracias, y después de esto le pregunté si no se sentía aquí solitaria entre los salvajes, sin algunas compañeras de su misma edad.

—¿Solitaria?—dijo.—¡Oh, no, en verdad! Soy

llaman, y están prontos á hacer lo que desco; pero en los libros he leído que no les pasa lo mismo á las muchachas de Inglaterra, sujetas siempre á hacer lo que quiere su maestra, y yo quiero ser libre, libre como el aire.

—¿Y no os gustaría aprender algo?—le pregunté.

—Aquí aprendo. Papá me enseña latín, francés y aritmética.

—¿No tenéis miedo entre estos salvajes?

—¿Miedo? ¡Oh, no! Jamás se meten conmigo. Creo que piensan que soy *Ngai* (la Divinidad); porque soy muy blanca y tengo hermosa cabellera.

Metió su pequeña mano en el corpiño de su vestido, y sacó una pistola Derringer de dos cañones, niquelada, añadiendo:

—Y, en último caso, siempre llevo conmigo este arma, y si alguno se atreviese á atacarme, le mataría. Una vez maté á un leopardo que encontré en mi camino y que espantó al burro en que paseo. Me asusté mucho; pero le disparé en la oreja y cayó muerto: tengo su piel á los pies de mi cama. Mirad, mirad allí,—dijo á poco con voz regocijada, tocándose el brazo y señalándome un objeto lejano.—Os decía que tenía compañeras, ved allí una de ellas.

Miré, y por primera vez se presentó á mi vista el monte Kenia en todo su esplendor.

La montaña, oculta hasta entonces entre la tiniebla, mostraba su radiante belleza.

Oculta su base por la neblina, el elevado pico que la coronaba á una altura de veinte mil pies, aparecía como una hermosa visión, colgando entre la tierra y el cielo, teniendo por base las nubes.

No hay pluma humana capaz de describir la solemne majestad, la sorprendente belleza de aquella blanca cumbre, que se levanta recta y límpida, deslumbrante de blancura, penetrando su cresta en el azul del cielo. Ante la majestad de aquella incomparable obra de la Naturaleza, sentí una indescriptible emoción, y por un momento se levantaron en mi alma grandes y maravillosos pensamientos viendo los rayos del sol poniente refractarse en las nieves del Kenia.

(Continuará)



Subimos al árbol y examinamos los alrededores con el antejofo

tan feliz como se puede ser en el mundo; y, además, tengo mis compañeras.

—¿Vuestras compañeras?—pregunté con extrañeza.

—¡Vaya! Mis flores y mis montañas. Aquí,—dijo imprimiendo á su cabeza un ligero movimiento,—yo, soy yo, y todos los indígenas en muchas millas á la redonda conocen y respetan al *Lirio del Agua*, que así es como me

Metalografía

QUÉ es eso? ¿Por qué lloras, Alfredín?... ¿Qué ha sucedido?

—¡Que se ha roto la varilla de acero que tan bien sonaba al golpearla, y que era uno de los mejores juguetes que me trajeron los Reyes!

—¿Y lloras por eso?

—¡Sí, papá! Porque se ha roto ella sola, al dar contra el suelo y va á crear mamá que he sido yo quien la ha roto, cuando te aseguro que al caerse...

—¡Bueno!... ¡Cállate!... Dame la varilla: ¡a ver!

—¡Mira! ¡La tenía sujeta! Estaba jugando con ella; se me escurrió de la mano...

—¿Y se ha partido en dos pedazos?... ¡Bien!

¡No llores!... ¿Ves?... por los caracteres que presentan las dos caras de la rotura se ve que esa pieza estaba *enferma*.

—¡Pero, papá! ¿Es que enferman los metales?

—La ciencia ha descubierto que, como en las plantas, hay agentes que ejercen mucha influencia sobre los metales, aunque no en las mismas condiciones ni con la misma intensidad.

—¿Qué cosa tan rara!

—Una planta posee las facultades de crecer, de absorber las substancias de la tierra y de propagarse, pero hasta ahora hemos negado esas facultades á los minerales, ¿no es eso? Pues es indudable que un mineral puede crecer.

—¡Toma!... ¡Ya sél!... ¡Es porque el calor dilata los cuerpos, y el frío los contrae!—dijo Alfredín con alborozo.

—¡Pues no es por eso, señorito; no es por eso!

—¿Ah, no? Pues entonces...

—Mira: Si introduces un pequeño cristal de alumbre en una solución saturada de esta sal, ese pequeño cristal irá creciendo, porque á él se adherirán los pequeños fragmentos que de ella está saturado el baño. Si introduces dos planchas de cobre en una solución de vitriolo azul y haces que una corriente eléctrica pase de una lámina á otra á través del líquido, una de las dos aumentará de volumen, lo cual demuestra que la facultad de crecer existe en el mundo inorgánico, indudablemente.

—¡Pero, permíteme, papá! El crecimiento del alumbre y del cobre en esas condiciones, es artificial, mientras que, según he aprendido de ti, el crecimiento de las plantas es espontáneo.

—¡Bravo!... Esa objeción me demuestra que te fijas en las lecciones que recibes; pero vas á

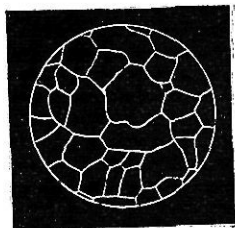
ver cómo explican los sabios lo que te voy diciendo. El crecimiento de las plantas, es debido, principalmente, á elementos como el carbono, el hidrógeno, el oxígeno, el aire, etc., cuerpos existentes en la atmósfera y en el suelo en que están arraigadas aquéllas, y cuyas condiciones se encuentran realizadas *a priori*; pero fíjate en que si faltara cualquiera de esos componentes, habría necesidad de reemplazarlo artificialmente para facilitar el crecimiento de las plantas. ¿No es así? Pues es lo que sucede con el alumbre, al que hace falta para que crezca que sus componentes originarios estén en contacto con él. No olvidemos ahora que los procedimientos de procreación en las plantas de orden inferior está caracterizada por una simple división ó expulsión de células, y veremos que la similitud que existe en la estructura íntima de los metales, los animales y los vegetales es sorprendente. Mira el dibujo señalado con el número 1, el cual representa el corte de un alambre de acero tem-

plado en aceite; todo en él nos recuerda las pequeñas células microscópicas que constituyen el tejido de las plantas. Observa ahora el dibujo número 2, que representa la estructura interna de un hilo de cobre. En esa estructura cristalina observamos con asombro que la vitalidad es grande en un pequeño trozo de cobre ó de acero, y en consecuencia puede decirse que los fenómenos vitales son análogos á los del reino animal, y que, en cierta medida, los cambios que se operan en los metales en condiciones especiales de temperatura, son análogos á los exigidos para la vida de la planta, pues lo mismo que en la primavera el simple calor del sol aumenta la temperatura de la tierra y de la atmósfera, y la planta se renueva célula por célula, en los metales, las más grandes variaciones de temperatura determinan su transformación íntima.

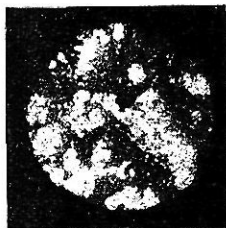
Ahora bien: muchos metales presentan tales signos de disgregación, que los hace inaplicables para un uso cualquiera, y esos signos son comparables al envenenamiento en el reino animal.

—¿Y la varilla rota estaba envenenada?

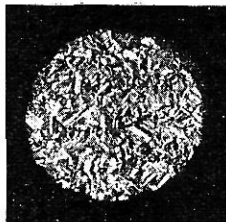
—No es esa la palabra, pero empleémosla, si quieres, en sentido figurado, y vamos á demostrarlo prácticamente tomando estas dos varillas de acero de idéntica naturaleza y calentándolas al rojo: la una al aire libre y la otra expuesta á la influencia del hidrógeno. Ya está. Vamos á enfriarlas ahora en el agua, y verás que la que hemos calentado en el hidrógeno, frágil y quebradiza, en tanto que la calentada al aire tiene un temple superior, lo cual demuestra que el hidrógeno obra como un veneno sobre el acero resistente y que puede ser de fatales resultados si se emplea en la industria, y esa es



Alambre de acero templado en aceite

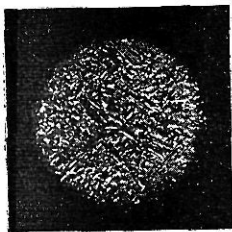


Estructura normal de un alambre de cobre



Acero templado para herramientas

la enfermedad que tenía la varilla de tu juguete. Con todo, hay un medio de curar ese envenenamiento, y es volviendo á calentarla al rojo y metiéndola en aceite caliente y al aire libre, que es como cuando se aplican compresas calientes al cuerpo humano en ciertas enfermedades.



Acero alterado por exceso de calor al templearlo

—¡Qué curioso es esto!

—Y práctico, hijo mío; pues si continuas tu carrera y llegas á ser ingeniero, te será muy útil recordarlo entonces, pues al calcular la resistencia de los metales en la construcción de un puente, no suelen tenerse en cuenta las alteraciones ó enfermedades de que son susceptibles, lo cual puede ser causa de más de una catástrofe. Mira ahora en la figura 3, la estructura de una varilla de acero templada en las condiciones exigidas, y en la número 4, el corte de otra varilla sometida durante un tiempo exagerado á la acción del fuego antes de darle temple. Y no creas que las rugosidades que se observan son debidas á lo grosero de la rotura, pues se han limado y pulimentado los dos cortes.

—¿Y exteriormente no pueden apreciarse estas buenas ó malas cualidades?

—No, hijo mío; pero bueno es que sepas que el estudio de los elementos celulares que constituyen los tejidos ó la materia animal y la materia metálica ó mineral, son de suma importancia, y que su vulgarización es uno de los mayores servicios que puede prestarse á la humanidad.

PEDRO FALL ALÓRDA

Artes femeniles

Flores en piel (Mimoscultura)

CONTINUACIÓN

EN cuanto al cuadro de madera ú objeto sobre que van á fijarse las hojas y flores que describimos en nuestra lección anterior, se le prepara con una solución de vinagre y rojo de Venecia, y una vez seco, se le frota con fuerza hasta sacarle brillo, barnizándolo después y dejándolo secar durante unos días.

Entonces es cuando debe procederse á la decoración colocando los pétalos de las flores conforme al original que os hayáis propuesto copiar, clavándolas en la tabla con pequeños clavitos de cabeza plana, teniendo cuidado de que sus cabezas estén lo más escondidas posible.

Los clavitos se usan para las piezas principales, como grandes hojas, etc.; para las pequeñas piezas, debemos servirnos de cola fuerte, aplicada en caliente á la parte que deba ir adherida á la tabla ó cuadro.

Para los troncos, se utilizan algunas tiras de badana cortadas al ancho exigido, y después de humedecerlas se arrollan á lo largo hasta que adquieran el grueso necesario y se dejan

secar para aplicarlas después por medio de la cola fuerte.

Para los pistilos de ciertas flores, y para las hebras ó vástagos de los sarmientos, se corta una delgadita tira de cuero, del grueso necesario, y después de mojarlo se arrolla en espiral á un lapicero ó mango de pluma, del cual se retira después de seco.

Los grupos de uvas resultan admirables en estos trabajos.

Para los granos, pueden usarse gruesas perlas de madera que se sujetan con un alambre cada una y se forman los racimos; teniendo cuidado en darles forma copiando los grupos del natural, y procurando que los granos se diferencien en el grueso según la clase de uva que se copie.

Se hacen también cortando rodajas de cuero que, después de rellenarlas de algodón en rama, se atan por su base á un alambre del grueso proporcionado; pero cuando se hacen así, deben barnizarse con anterioridad, como se ha hecho con las hojas.

Es necesario no olvidar que las hojas y cuanto sea necesario para un grupo artístico de flores ó frutas en piel, debe cortarse cada una de una sola pieza, y, como dijimos anteriormente, deben sacarse los patrones sirviéndose de hojas del natural.

A pesar de esto, en los próximos números daremos algunos modelos para la confección de algunas flores, á fin de que sirvan de norma para ejecutar bien este trabajo, que resulta de un efecto sorprendente, pues imita á la perfección el artístico tallado en madera.

ALFREDA

El nombre de DIOS en varios idiomas

En latín se llama *Deus*.—En germánico, *Goth*.—En griego, *Teos*.—En siríaco, *Elia*.—En árabe, *Aláh*.—En egipcio, *Johu*.—En etíope, *Ange*.—En abisinio, *Agsi*.—En persa, *Syrg*.—En lírico, *Boog*.—En español, *Dios*.—En francés, *Dieu*.—En húngaro, *Gogi*.—En moscovita, *Tios*.—En cirénico, *Fepa*.—En chemio, *Buoh*.—En hornucio, *Alar*.—En angélico, *Goot*.—En safránico, *Buza*.—En escocés, *Goel*.—En maldivico, *Obra*.—En hiberno, *Dich*.—En melíndico, *Abag*.—En sarraceno, *Aydi*.—En marsingo, *Buat*.—En mogol, *Orsi*.—En sumatilo, *Pole*.—En asirio, *Abad*.—En japonés, *Zaca*.—En copto, *Teos*.—En filipino, *Mora*.—En peruano, *Zimi*.—En chileno, *Hona*.—En indico, *Tura*.—En paraguayano, *Duir*.—En tártaro, *Anot*.—En dequeito, *Hoba*.—En californiano, *Soto*.—En mejicano, *Cosa*.—En congo, *Adop*.—En canadiense, *Biri*.—En angolano, *Anno*.—En islándico, *Gudi*.—En mauritano, *Allá*, y en indio *Budha*, siendo de notar que en la mayor parte de los idiomas sólo consta el nombre de *Dios* de cuatro letras.

Suplicamos á los alumnos de enseñanza oficial que han obtenido matrícula de honor en el pasado curso, y cuyos domicilios no se nos han facilitado en los Institutos, se dignen remitir sus retratos, para publicarlos en nuestra REVISTA, á nuestras oficinas: Rosellón, 208, Barcelona.

Los sistemas de alumbrado

SE ha comprobado que una de las mayores causas de mortalidad en invierno, y en los grandes centros, es debida á los sistemas de alumbrado.

La dañina influencia del gas ó del petróleo sobre el organismo humano está plenamente demostrada, y esa influencia es más perniciosa en los locales donde se aglomera mucha gente.

Sólo un mechero de gas, consume cinco veces la masa de aire respirable que corresponde

á una persona, y desarrolla una cantidad considerable de vapor sulfuroso y de ácido carbónico.

En cambio, la luz eléctrica no consume el oxígeno y no introduce en la atmósfera ni un átomo de substancia impura, siendo, por otra parte, menos perjudicial á la vista.

Según los experimentos y cálculos hechos, los antiguos sistemas de alumbrado ocasionan una mortalidad de 1 por 1000.

Justo castigo *Historieta, por Milocha*



Durante la ausencia de sus padres, Pepito Gorrión encuentra una magnífica boquilla que representa una locomotora;



y mirándola y remirándola, le entran deseos de fumar...



... y le aplica un vengero de la cigarrera paterna y lo enciende;



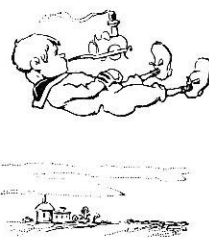
pero apenas da las primeras chupadas, la locomotora se pone en marcha y le arrastra,



elevándole por el espacio.



Pepito, al encontrarse en las alturas, lejos de amedrentarse, se refocila,



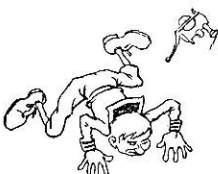
adoptando las más variadas posturas



y contemplando el hermoso paisaje que se ofrece á sus pies.



De pronto, se acaba el cigarro, la locomotora se para y Pepito desciende



con rapidez tan vertiginosa, que suelta la boquilla por inútil.



Por fin, toca tierra, quedando empalado en la veleta de un campanario.

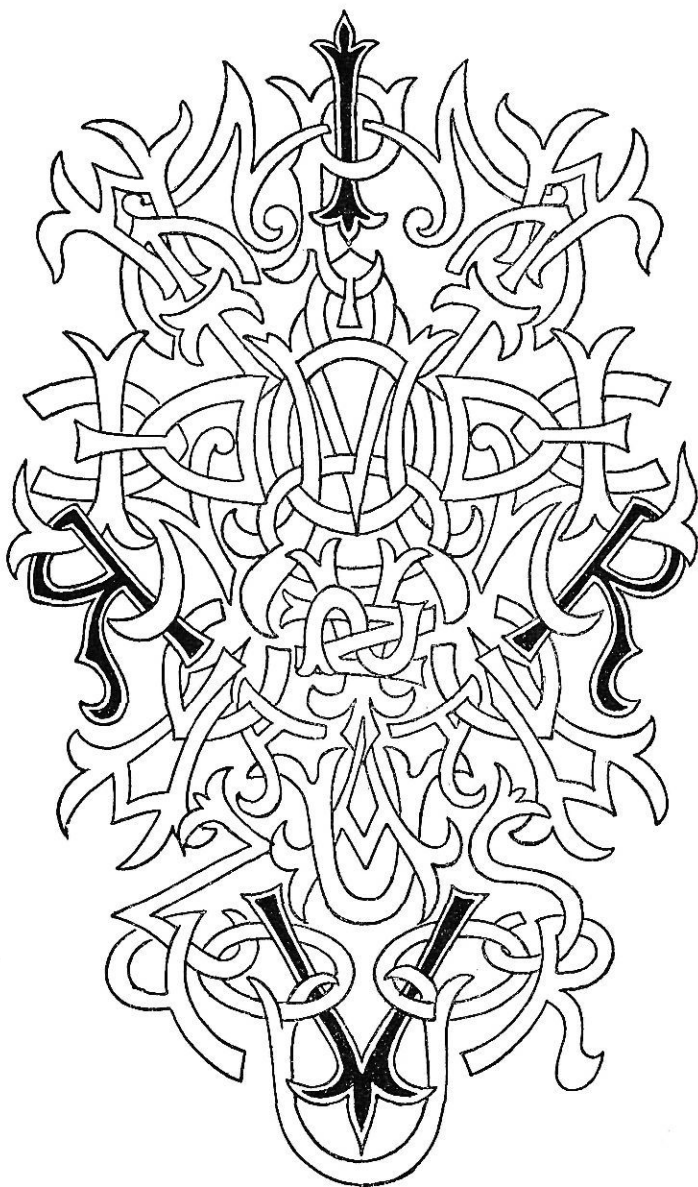


Sólo que al despertar se encuentra en los cariñosos brazos de su mamá, que le llama para el desayuno.

CONCURSO CON PREMIOS — MONOGRAMA FENOMENAL

A las mejores frases que se construyan empleando las letras que componen este desbarajuste, se adjudicarán los siguientes premios:

1.º Un hermoso centro de mesa; 2.º Una docena de pañuelos de hilo con cenefa; 24 medallones, y 24 espejos con su peine.



Las soluciones se recibirán hasta las ocho de la noche del día 25 de febrero próximo, debiendo venir bajo sobre, especificando con toda claridad el nombre y domicilio del interesado.

Nuestro Regalo de 500 pesetas mensuales

Se han presentado con ejemplares de JUVENTUD ILUSTRADA numerados con el 6.637, número afortunado con el primer premio en el sorteo del 30 de Diciembre de la Lotería Nacional, la señorita doña Mercedes P. Vidal, habitante en Barcelona, calle del Carmen, 21, 3.º, y don Claudio Ametlla, profesor, habitante en Tarragona, calle Unión, 46, 3.º, habiéndoles satisfecho á cada uno

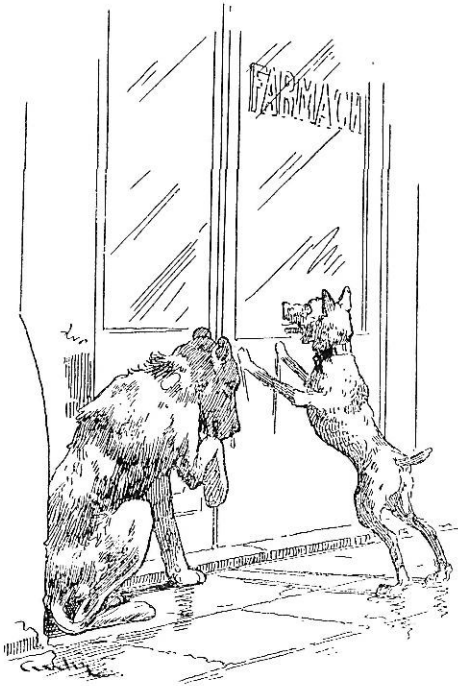
CIENTO VEINTICINCO PESETAS

El instinto en los animales

PAPÁ! ¡papá!... ¡Sultán está meciendo á mi hermanito! ¡Ven, ven y verás con qué cuidadito le da movimiento á la cuna!

Así decía una preciosa niña de diez años, y así era en efecto.

Sultán, que era un hermoso perro de Terra-



nova, apoyaba una de sus manos en el borde de la cuna en que dormía el hijo menor de mi amigo Domínguez, y teniendo la otra pata en el suelo, imprimía á la cuna un movimiento de vaivén.

El pequeñín se reía y alargaba sus bracitos hacia el perro que le lamía las manos.

—¡Es extraordinario!—dije yo, porque en realidad aquello me asombraba.

—¡Pues si viera usted cómo ladra en cuanto llora mi hermanito y no le acalla cunándole!...

—¿Y quién le ha enseñado á hacer eso?

—Nadie,—me contestó Domínguez,—como nadie le ha enseñado tampoco á tirar de la cuerda que abre la puerta del zaguán en cuanto llama alguien de la familia. Y sin verlo, que es lo más notable.

—¡Diantre!—exclamé.

—Y que no se equivoca una sola vez abriendo la puerta á un extraño, así llamen cincuenta veces. Es una inteligencia asombrosa la de este animal.

—Esto me recuerda lo ocurrido á un farmacéutico de Bilbao no hace muchos años, y que dió lugar á que se discutiera ampliamente sobre la inteligencia de estos animales.

—¿Y qué es ello?—preguntó el hijo de mi amigo.—¿Quiere usted contármelo?

—¡Sí, hijo mío, sí!... Pues ese señor, que es

muy amante de los animales, se encontró una noche, junto á la ría de Bilbao, un perro vagabundo que lanzaba lastimeros aullidos. Acercóse á él y vió que tenía rota una pata. Movido á compasión, cogiéndole en brazos y lo llevó á su casa, donde lo tuvo algunos días curándole la terrible herida. Una mañana en que el perro comprendió que estaba curado completamente, empezó á lamer las manos de su bienhechor como dándole las gracias por lo que había hecho, y abriendo con el hocico la puerta-vidriera de la farmacia, lanzóse á la calle á reanudar su interrumpida vida de bohemio.

—¡Qué agradecidos son y qué inteligentes!—dijo el niño.

—Sí; pero es que no acaba aquí la cosa: verás. Al mes, y cuando ya el buen señor no se acordaba de semejante animal, siente una noche que arañan á la puerta de la calle; abre, y ve con asombro á su *cliente*, el perro de marras, que servía de guía á otro perro que, como él antes, tenía quebrada una pata y al cual parecía recomendar al boticario con sus expresivos ojos, echando después á correr y dejando á su compañero herido en aquella casa que había sido su bienhechor hospital.

—¡Admirable instinto!

—No, algo más que eso; pues no de otra suerte hubiese obrado el hombre más inteligente llevando á un prójimo á una casa de socorro. Eso sin contar con que, á muchos hombres, ni siquiera se les hubiera ocurrido semejante cosa.

—Pues yo he visto en Bélgica casos maravillosos ejecutados por los perros puestos al servicio de la policía, y en París va á dotarse de auxiliares caninos á la policía judicial; es decir, á las parejas que prestan servicio al rededor del Sena.

—Mil ejemplos que rayan en lo inconcebible podría citar á ustedes, y entre ellos lo que sucede en los Alpes con los perros de la hospedería y convento de San Bernardo.



—¡Cuéntenoslo usted!—dijo cariñosamente suplicante el hijo de mi amigo.

—Ya saben ustedes por referencias los servicios que estos animales prestan durante el

invierno á los viajeros extraviados entre la nieve, y que es inmenso el número de seres vivientes arrancados de la muerte gracias á su poderoso instinto: pues bien, desde el año anterior, los monjes han establecido por toda la montaña gran número de chozas, en comunicación todas ellas con el convento, y cada una señalada con un número distinto. Ahora bien: cuando un viajero pide auxilio, según el número que salta en el cuadro indicador, saben ya los perros el paraje ó choza á que corresponde la llamada, y salen en su dirección disparados como una flecha, llevando uno la cesta con provisiones y los demás dispuestos á indicar al extraviado viajero la senda que ha de conducirle á la hospedería del monasterio. De ese modo han evitado los caritativos monjes que los perros pierdan un tiempo precioso recorriendo el monte en todas direcciones, buscando rastros tan difíciles de encontrar entre la nieve.

Y como hay mucho que contar acerca de la inteligencia de ciertos animales, y sólo he de exponer á ustedes hechos comprobados y rigurosamente exactos, dejaremos la continuación para la próxima visita, pues quiero que conozcan ustedes la opinión de algunos sabios observadores que se han ocupado en este asunto.

A. P. GRAZALEMA

Química *Escritos que desaparecen*

ENTRE las varias clases de tinta de que se valen los falsificadores, hay algunas con las que aparece otra vez lo escrito valiéndose de un reactivo, y otras que se borran espontáneamente y más ó menos tarde, pero ninguna de ellas desaparece en absoluto, pues todas dejan trazos en el papel más ó menos visibles.

Con todo, acaba de descubrirse un medio de que lo escrito desaparezca por completo; pues la trampa no está en la tinta, sino en el papel.

Supongamos por un momento que uno pide á otro una cantidad de dinero, á cambio del cual le da un recibo que escribe en un papel que lleva en el bolsillo. Esto de traerse el papel es un pequeño detalle en el que maldito si nadie se fija.

Lo guarda el acreedor. Llega el vencimiento, y al buscar el dichoso recibo encuentra sólo un papel en blanco, y ve con asombro que éste se le deshace entre los dedos, lo que no deja de ser misterioso, pero al fin se queda sin su dinero por no tener medio legal de reclamarlo.

Y con todo, el procedimiento es por demás sencillo, y vamos á explicarlo para que nuestros jóvenes lectores aprendan á ser precavidos, ya que la experiencia demuestra que «es mejor precaver que tener que remediar».

El papel destinado al escrito se humedece con ácido sulfúrico diluido en agua en mayor ó menor cantidad, según el tiempo que se desea que dure el escrito, ya sean meses ó años; se deja secar, y si la solución ha sido demasiado fuerte, se neutraliza ésta por medio de aplicaciones superficiales de vapores amoniacales ó agua de cal.

Lo escrito en el papel así preparado, sea

cual fuese la tinta que se use, acaba por reducirse á polvo espontáneamente, al cabo de más ó menos tiempo, según sea la concentración del ácido con que se le preparó.

Advertencia importante

En los concursos que publique JUVENTUD ILUSTRADA, algunos habrá que forzosamente tendrán que cortarse; no obstante, en todos aquellos en que de ello se pueda prescindir, ya sea por su índole ó por ingenio de los lectores, relevamos de cortarlos á los **subscriptores que efectúen el pago por trimestres anticipados**, sin que sea preciso que se suscriban directamente. Pueden hacerse las suscripciones por medio de nuestros corresponsales, á quienes mandaremos los recibos con el sello de esta casa editorial; y en Madrid los firmará nuestro representante general don Eduardo F. de Rábago, advirtiéndole que este es requisito indispensable para aprovechar esta ventaja.

A todos los que se suscriban desde esta fecha podremos servirles los números atrasados, y si desean solamente las páginas de nuestro folletín

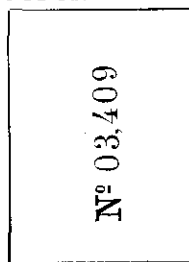
Mis prisiones

Memorias de Silvio Pellico

esto último lo recibirán gratuitamente.

NO CORTAR ESTE CUPÓN

CUPÓN-PRIMA de *Juventud Ilustrada*



A pesar de no ser partidarios del juego nacional llamado Lotería, no hemos encontrado otro medio que el de combinar los números de estos cupones con el que logre el primer premio en el sorteo del día 31 del corriente Enero, á fin de hacer regalos en metálico á nuestros lectores.

En su consecuencia, cuantos posean un ejemplar de JUVENTUD ILUSTRADA cuyo cupón tenga igual número que el del billete favorecido en dicho sorteo con el premio mayor,

recibirán 125 pesetas

á la presentación del NÚMERO COMPLETO de nuestro semanario. Caduca á los seis meses.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un año, 10 pesetas — 6 meses, 5 pesetas
3 meses, 2'50 pesetas — Pago anticipado.

República de Venezuela

PERTENECE esta República á la América del Sur, y está limitada al N. por el Mar de las Antillas ó de Caribes y el Océano Atlántico; al S., por el Brasil; al E., por la Guayana inglesa, y al O., por la República de Colombia.

Su capital, Caracas, está enclavada en un soberbio valle próximo al mar, y es de nueva construcción, pues la antigua en 1812 la destruyó por completo un terrible terremoto.

Con una superficie de 1.552,741 kilómetros cuadrados, cuenta con una población total de 2.300,000 habitantes.

Su dilatada zona de los bosques, que es de una extraordinaria extensión y que se denomina Guayana Venezolana ó Española, es asombrosa por su vegetación espléndida y exuberante, y es una región que casi exclusivamente está habitada por indios. En esta zona se cosecha con extraordinaria abundancia el caucho y una estimadísima clase de almendra que se llama *sarraquin*, la cual se recolecta anualmente y alcanza en el mercado precios elevadísimos.

En un principio formó parte Venezuela de la Confederación Colombiana, hasta que en 10 de Septiembre de 1818 fué proclamada independiente como República.

Elegida por los ingleses y alemanes principalmente como centro de operaciones comerciales, bien puede decirse que pertenecen á sus naciones la mayor parte de los europeos que explotan las riquezas de aquel privilegiado país.

Caracas fué la cuna del gran Bolívar, uno de los políticos más probos, más dignos, más valientes, más honrados y menos ambiciosos de cuantos han desfilar en el transcurso de un siglo por los países hispano-americanos ofreciendo hacer su felicidad, y su memoria es venerada en todo el Sur de América.

Venezuela cuenta hoy con 2,000 escuelas primarias, á las que asisten más de 100,000 alumnos de ambos sexos, y en ellos reciben una enseñanza perfecta.

Además, en los cuarteles existen 7 escuelas para la completa instrucción de los reclutas.

Para la preparación del personal docente, cuenta también con 7 Escuelas Normales, en que se han implantado los últimos y más modernos sistemas de enseñanza.

La Escuela de Artes y Oficios establecida en la capital, así como las Universidades de Caracas y Mérida, son notables por el gran número de cátedras y el rigorismo que se observa en el estudio de todas las materias.

Hay además en Venezuela 20 colegios federales á que asisten un gran número de alumnos adultos á los que se instruye en la lengua de Cervantes, y 9 colegios nacionales de niños.

Su Academia de Bellas Artes, de la cual salen anualmente para Europa varios alumnos pensionados para acabar el perfeccionamiento de la pintura y escultura, hará que bien pronto, en el mundo del arte, se distingan los jóvenes venezolanos; pues algunos de ellos han obtenido premios en Roma, cuna y escuela de lo verdaderamente artístico.

La Academia Venezolana, cuyos socios lo son todos correspondientes de la Española, presta inapreciables servicios al idioma patrio; sin ella, tal vez corriera el riesgo de verse postergado al de los anglo-sajones.

Posee Venezuela importantísimas Escuelas de Música, de Náutica y de Telegrafía; esta última abarca cuanto á la electricidad se refiere en todas sus manifestaciones.

Finalmente: su Academia Nacional de la Historia, es un centro de verdadera importancia por lo concienzudo de los trabajos que lleva á cabo, de los cuales conocemos algunos, y que, no tardando mucho, esperamos vengán á derramar luz meridiana sobre algunas nebulosidades que, desde el descubrimiento de aquella parte de América por los españoles, aparecen en las crónicas conocidas hasta hoy y que gozan de mayor prestigio.

La unidad monetaria de la República de Venezuela es el *Bolívar*, equivalente á una peseta, acuñándose monedas de oro de 100, 50, 20, 10 y 5 *bolívars*, circulando también, aunque en pequeña escala, monedas de cobre.

El grado de cultura de la República Venezolana es relevante por todo extremo, y una de sus genuinas manifestaciones, que es la prensa periódica, está dignamente representada.

A. P. GUILLOT

